

2

Pensar la incertidumbre

Ciencias humanas y sociales
en la universidad colombiana

Carlos Arturo López J.



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá

Pensar la incertidumbre

Ciencias humanas
y sociales en la
universidad colombiana
Carlos Arturo López J.

Noventa **ideas**

Comité editorial

José V. Arizmendi Correa

María C. Conforti Rojas

Dimitri Forero Fuentes

Alexandra Martínez

Nicolás Morales Thomas

Noventa **ideas**

TEl 1 de octubre de 1930, 163 años después de que los jesuitas fueran desterrados de los dominios españoles de Carlos III, se firmó el acta de fundación de la Universidad Javeriana, honrada con el título de pontificia en 1938. En ese momento, se dio vida al impulso de la Universidad por hacer parte de una sociedad basada en el saber y el reconocimiento del otro. Con un espíritu pionero e innovador, esta etapa contemporánea tiende un puente que se extiende hasta 1623, cuando se reconoció oficialmente y por primera vez la que se denominaría en los tiempos coloniales como universidad y academia de San Francisco Javier.

En 2020, cumplidos 90 años del restablecimiento de la Pontificia Universidad Javeriana, la Colección 90 Ideas rinde homenaje al pensamiento crítico y al diálogo de saberes que han caracterizado a esta casa de estudios desde sus inicios. Los ensayos originales que el lector encontrará en esta colección son una invitación a seguir pensando y construyendo de forma continua el mundo en que vivimos.

Agradezco todo lo que estas reflexiones le deben a las enseñanzas que durante los últimos años he recibido de mis colegas en el Instituto Pensar: Juliana Flórez Flórez, Diana Ojeda Ojeda, María Fernanda Sañudo Pazos, Wooldy Edson Louidor, Martha Márquez Restrepo, Tatiana Sánchez Parra y Camila Esguerra Muelle.

Contenido

La difícil distinción entre ciencias humanas y sociales	18
Cuatro tensiones entre las ciencias humanas y sociales y los saberes técnico-científicos	31
<i>El autor</i>	42

Lo que sigue no es más que una reflexión a partir de mi experiencia como docente universitario de ciencias humanas y sociales. Muchas de las conclusiones que aquí presento, a pesar de que podrían extenderse a otros espacios universitarios, no deben asumirse siquiera como una presentación de mi entorno inmediato: es apenas el punto de vista que una experiencia individual puede ofrecer. Aun así, el escrito tiene un tono de diagnóstico, pues la individualidad de la experiencia se proyecta fuera de sí con la pretensión de ser compartida por otros; la experiencia no expresa una individualidad pura, es un efecto de nuestra vida en común.

En los tiempos que corren, la universidad se ha convertido en el centro autorizado de gestión y producción de conocimiento y, así, en un medio en el que se gestan buena parte de las modificaciones aceleradas que sufre nuestra vida por medio de la tecnología. Estas modificaciones están referidas al aumento de aquello que como consumidores y consumidoras tenemos a disposición; al aumento de la potencia con que contamos para llevar a cabo actividades como extraer materiales, viajar por el mundo o hacer circular la información internacionalmente en cuestión de segundos, y al aumento en el número de personas con acceso a la universidad contemporánea, un lugar donde se aprende en pocos años lo que siglos atrás requería una

voluntad férrea y posibilidades económicas particulares: riqueza familiar, encierros monacales, mecenazgos...

Claro, este incremento tiene sus límites: la masificación del consumo solo ocurre en los estrechos sectores de la población que pueden acumular bienes; el aumento de potencia, a pesar de fenómenos técnicos como internet y las posibilidades de transporte, no está ampliamente distribuido en todas las capas de la sociedad, y el número de estudiantes en el nivel de la educación superior es considerable solo en relación con lo que era posible en otros tiempos, pero en la actualidad está lejos de ser una mayoría. Quienes ante estas evidencias aún pueden cerrar los ojos e ignorar los desequilibrios sociales que soportan esta explosión de posibilidades epistemológico-materiales no dudarán en festejar la eficiencia de esta institución y encontrarán su funcionamiento incuestionable.

En el marco de los mencionados desarrollos y la apertura de las posibilidades que implican, la universidad colombiana contemporánea procura articular relaciones expeditas con empresas dispuestas a multiplicar su rentabilidad gracias a esta asociación. Y mientras las universidades dirigen sus esfuerzos investigativos hacia problemas que se enfrentan con soluciones tecnificadas, los organismos que administran la producción de conocimiento —como Minciencias lo hace a nivel nacional— aumentan sus inversiones en investigación básica (química, biología,

matemáticas, etc.) y aplicada (ingenierías, diseño industrial, farmacéutica, etc.).¹ Más aún, nociones como *innovación*, *emprendimiento* o *economía naranja* han promovido el uso de un vocabulario que haría más sencillos los procedimientos de investigación para transformar, agilizar e intensificar las relaciones mercado-producción de conocimiento-sociedad. La rentabilidad del mecanismo, aunque aún está por verse, promete importantes dividendos en el futuro; esto es, sin duda, algo digno de aplaudir, siempre y cuando se siga ignorando la desproporción entre la fuerza de trabajo requerida para el funcionamiento del mecanismo y su limitado margen de beneficiarios.

Pero incluso cuando, con los ojos vendados, expresamos sin resquemores este diagnóstico optimista, no todo es comodidad: no todas las formas de producir conocimiento, y ni siquiera las formas de saber con perspectiva internacional y formalizadas que se promueven desde la universidad contemporánea, encajan bien en esa dulce armonía

1 A pesar del halo de evidencia que rodea a esta distinción, recientemente el ingeniero Luis Eduardo Tobón, profesor de la seccional Cali de la Pontificia Universidad Javeriana, en una charla informal me hizo notar que la dimensión social de los desarrollos en ingeniería impide recluir a estos saberes en el paquete del conocimiento aplicado: además de soluciones técnicas, las ingenierías requieren de métodos para lograr una interacción efectiva entre estos profesionales y las comunidades a las que va dirigido su trabajo.

que articula sin obstáculos la producción de conocimiento, la riqueza y el bienestar. Aunque los universitarios optimistas no lo acepten, existen saberes académicos que se resisten al objetivo de alcanzar una universidad que dirija todos sus recursos hacia la producción de un conocimiento técnico-científico con sostenibilidad financiera y útil para la sociedad. Por ello, y para retirar obstáculos en aras de la defensa de esa fantasía de eficiencia administrativa, rentística y cognitiva, continuamente resurgen proyectos de reforma en la educación para desaparecer los saberes incómodos del sistema educativo nacional, aún en niveles de formación como la enseñanza media.

Algunas de las razones que se aducen en favor de la desaparición de esos saberes exigen todos los esfuerzos y recursos disponibles en la búsqueda de soluciones a problemas prácticos urgentes, por ejemplo, los medioambientales (manejo de residuos sólidos, administración de recursos hídricos, desarrollo sostenible, etc.). En la lógica del diagnóstico optimista, se buscan inversiones en saberes bien sistematizados, que ofrezcan resultados pragmáticos y económicos más o menos garantizados; es un esfuerzo loable que promueve la utilidad del conocimiento para un tipo de vida que parece no notar las crecientes desigualdades y despojos que promueve: reducción de puestos de trabajo por la tecnificación o por la disminución de costos operativos, contaminación o destrucción irreparable de las

riquezas naturales que mueven la actividad productiva, expropiación de territorios (de la nación o de comunidades más pequeñas, más pobres y menos poderosas) para la extracción de materias primas e, incluso, producción de bienes riesgosos para la salud, el medio ambiente o las economías familiares; bienes que alimentan el consumo y, sin importar el precio, aseguran la reactivación del ciclo de extracción, fabricación y creación.

Quienes se involucran en la cruzada salvadora del progreso indefinido se apoyan en los saberes técnico-científicos y su garante institucional: la universidad que produce, reproduce, certifica y administra ese saber. Al dirigir todos sus esfuerzos en esa dirección, la universidad y las entidades que la acompañan se atan a un modelo idílico de conocimiento que despoja de su condición de saber a otros que no se ajustan a sus procedimientos de difusión, a sus creencias y a sus métodos. No es extraño, entonces, escuchar voces que rechacen el diálogo de saberes diversos —incluidos los no académicos— o siquiera reconozcan algún grado de validez de los saberes no formalizados ni institucionalizados (saberes curativos por fuera del sistema médico occidental, gestión de los cultivos no tecnificados, administración de justicia fuera de los códigos, etc.). Este desprecio por formas diversas de saber se extiende también a algunas de las instaladas en la universidad contemporánea, como las ciencias humanas y sociales.

La difícil distinción entre ciencias humanas y sociales

Cuando tratamos de diferenciar con precisión las ciencias humanas de las ciencias sociales, resultan más claros los intentos por mostrar su distancia que la diferencia misma que establecen. Algunos buscan distinguirlas por sus objetos de investigación (el pasado, la producción literaria, las comunidades con altos grados de cercanía entre sus miembros o grupos humanos más complejos y borrosos —como la nación—, ritmos sociales del intercambio en escalas diversas, las reflexiones sobre una vida buena...), pero, por tomar un ejemplo, el pasado, en apariencia objeto privilegiado de la historia, no es exclusivo de esta. La concepción de *tiempos anteriores* es determinante en el ejercicio de la filosofía (en relación con esa herramienta metodológica de formulación de problemas filosóficos que es la historia de la filosofía), la filología es impensable sin volcar su atención a los usos pretéritos de la lengua e incluso la sociología y la antropología dependen del pasado para dar forma a sus problemas de investigación y a sus conclusiones. Algún optimista podría esperar que con el paso de los años se vaya ganando claridad sobre el objeto que le corresponde a cada disciplina, pero la experiencia ha mostrado que la dirección de este movimiento va en sentido contrario.

Otros esfuerzos de diferenciación entre las ciencias humanas y sociales se concentran en el tipo de ámbitos desde los que abordan lo social, los cuales designamos con conceptos como *dinámicas temporales, instituciones, manifestaciones culturales, relaciones de poder, intercambio interescalar*, etc. Pero buena parte de las disciplinas que se repartirían entre las ciencias humanas y sociales tienen como telón de fondo varios de esos conceptos articulados entre sí: se historizan relaciones de poder y su inscripción en expresiones culturales como las instituciones o la economía.

Las obras de Karl Marx, Max Weber, Claude Lévi-Strauss y Michel Foucault son ejemplos de investigaciones que entrelazan, cada una a su modo, dimensiones sociales diversas y escalas variadas que van desde pequeñas regiones hasta otros países, desde la vida familiar y de barrio hasta las agremiaciones internacionales. También son ejemplares investigaciones como las que, a comienzos del siglo pasado, Walter Benjamin presentó para mostrarnos cómo desde mediados del siglo XIX esa práctica de escribir que llamamos “literatura” y el mercado se asociaron transformando para siempre nuestra experiencia del tiempo y de la vida con los demás: una asociación que solo se ha intensificado con el capitalismo posindustrial y que ha producido nuevos tipos de sensibilidad.

Hoy en día, para comprender el mundo electoral, que suele confundirse con la política, debemos recurrir no

solo a proyectos partidistas, a relaciones económicas, a la movilización de las pasiones, sino también a las maneras como se realiza la promoción mediática de los futuros administradores del gobierno, muchos de los cuales parecen no tener inconvenientes con recurrir a la ilegalidad. En ciencias humanas y sociales, los conceptos con que se designan estas dimensiones variables, en lugar de afinarse por vía del recorte de su extensión, con el tiempo solo ven difuminar sus límites en impredecibles nuevos usos y asociaciones con otras dimensiones.

Intentos más recientes de organizar esas disciplinas en humanas y sociales recurren a figuras orientadoras de la investigación que suelen identificarse con el término *enfoques* (de género, estructuralistas, decoloniales, marxistas, psicoanalíticos, etc.). El sentido elástico de este término se aplica equívocamente a apuestas investigativas como la interseccionalidad, la transdisciplinariedad y las perspectivas críticas; apuestas que no encajan en esta denominación, pues más que enfoques son estrategias para sortear el dogmatismo generado por la fidelidad a los caminos de investigación prefabricados. Así, se ven con facilidad las confusiones que puede generar la aspiración a distinguir perspectivas que van más allá de las disciplinas y las técnicas de investigación. Como los enfoques no son incompatibles entre sí, muchas veces se combinan. Buena parte de las investigaciones atadas a los estudios feministas o de

las migraciones representan perspectivas de género, marxistas o posestructuralistas, y en no pocas ocasiones se piensan en marcos interseccionales, es decir, a partir del funcionamiento simultáneo de sistemas de opresión que se potencian unos a otros.²

Para ver esa cofuncionalidad de los sistemas de género, raza, clase o etarios, piénsese en una migrante que hace un posgrado becada, en una lengua que aún le resulta ajena, mientras cuida en solitario de su hijo recién nacido: ¿cómo afectan estas condiciones su rendimiento académico?, ¿qué esfuerzos tiene que hacer para que su vida académica no sufra las consecuencias de todas esas presiones?, ¿juega en las mismas condiciones que compañeros que ya dominan la lengua local, que no tienen prisa ni dudas económicas, que no tienen a su cargo otras tareas distintas que las de sus propios estudios? Las dificultades asociadas a uno de estos sistemas hacen que el resto de las dificultades atadas a los otros sean más difíciles de enfrentar; no es raro entonces que muchas de estas investigaciones operen apoyadas en varios de los referidos “enfoques”.

Cuando tales investigaciones dependen del contacto con grupos humanos y evitan conscientemente caer en el puro

2 Debo agradecer esta expresión sintética para presentar la interseccionalidad a Juliana Flórez Flórez. Ella amablemente me la sugirió durante una conversación de pasillo.

extractivismo de información, asumen apuestas como la transdisciplinar, que insiste en una rigurosidad analítica que es indisoluble de la proyección de formas de resistencia y transformación, permanencia o restablecimiento de la situación de las comunidades estudiadas. En muchos casos, cuando las investigaciones se enmarcan en los problemas derivados del racismo en las periferias económicas y culturales, los enfoques poscoloniales o decoloniales resultan de sumo interés, pero no niegan las miradas de género ni, por supuesto, las perspectivas críticas. Como se ve, los llamados “enfoques” no son unívocos y solo parecen multiplicarse tanto como la inestabilidad de sus interacciones.

Quienes temen a la desorientación que generaría el desdibujamiento de los objetos de investigación, la transversalidad disciplinaria de los conceptos operativos y la multiplicación y combinación de los enfoques de investigación, buscan soluciones conservadoras como mantenerse atados a las procedencias regionales de las disciplinas y sus técnicas de trabajo (se habla entonces de tradiciones anglosajonas, continentales, periféricas...). Sin embargo, más allá de cierto dogmatismo, ¿qué estabilidad podrían tener esas tradiciones en un mundo académico que exige a sus miembros un intercambio internacional permanente, y qué solidez tienen los lazos que nos atan a unas formas regionales de investigar cuando los problemas multiplican sus aristas e interconexiones en límites espaciales no

definidos por unidades como la región, la nación o el intercambio internacional?

Para no lidiar con la moneda devaluada de las disciplinas, podríamos indagar por cuáles prácticas académicas pueden ser llamadas *humanas* y cuáles *sociales*, y así nos desharíamos del troquel desgastado de las clasificaciones disciplinarias y dejaríamos de ahondar en un asunto que no cambia ni la ejecución de tales prácticas, ni su capacidad de acción dentro de la universidad contemporánea, ni mucho menos su situación financiera. Hablaríamos entonces de modos de hacer investigación que se ocupan de dimensiones de la cultura muy difíciles de precisar en su contenido y de definir en términos materiales concretos o bien delimitados: la reflexión sobre la naturaleza del lenguaje, sus límites, los diversos idiomas, la definición de lo cultural y el estudio de lo que asumimos como tal, a veces con categorías tan pobres como el binarismo “alta cultura-cultura popular”. Se trataría de investigaciones que recogen materiales dispersos en torno a un tema, o unidos por la inercia de tradiciones intelectuales o por prácticas que en sí mismas son muy variadas, pero que tendemos a aceptar como unitarias, aun cuando no siempre está probada dicha unidad (de una lengua, de la literatura nacional, de nuestros procedimientos cognitivos, de lo artístico, de lo popular...). Se trata de un tipo de prácticas con interpretaciones totalizantes en las que el nivel conceptual rige los datos.

Habría otras prácticas académicas que, a pesar de estar en contacto con los temas y las preguntas de las anteriores, tienden a concentrar sus esfuerzos en la adquisición de información en los contextos donde espontáneamente se producen y acontecen los problemas (etnografía, archivo, clínica...). Por ello, en lugar de generalidades más o menos aceptadas, las unidades de análisis son el resultado de los datos con que se cuenta; habría, pues, unas prácticas que hacen más énfasis en los procedimientos de adquisición de información, en el papel que desempeñamos como investigadores al ponernos en contacto con documentos o grupos humanos, en el modo como accedemos a esa información para organizarla, excluirla, proyectar su unidad, etc. Resulta evidente que estos saberes tienen dificultades para establecer totalizaciones y pierden extensión en sus análisis, por lo que ganan en precisión de sus resultados. Vemos cómo totalización y descripción se vinculan entre sí de un modo análogo a la forma como el principio de incertidumbre relaciona la posibilidad de conocer con exactitud, en un instante dado, las magnitudes de la “posición” y la “cantidad de movimiento” de una partícula. En otros términos, vemos aquí otro aspecto de la incertidumbre constitutiva del discurso de las ciencias humanas y sociales que se manifiesta en la difícil relación entre un conocimiento universal y uno que atienda a la necesaria localidad de los datos.

Resultaría tentador señalar que las prácticas de totalización pertenecen a las ciencias humanas y las de descripción, a las ciencias sociales, pero este intento no logra más claridad que los anteriores. Siempre es probable imaginar o indicar trabajos investigativos que organizan sus reflexiones y materiales cruzando grandes unidades de análisis con variables precisas: los estudios locales de la situación de los obreros, las formas de exclusión por raza o género que viven los habitantes de una ciudad o, a la inversa, el aprovechamiento de los saberes locales por centros internacionales de producción de conocimiento o la promoción de economías extractivistas en los países menos beneficiados por la economía mundial. La distinción entre prácticas de totalización y de descripción se disuelve también frente a formas de investigar propias de los *estudios culturales*, que voluntariamente se mueven sobre la delgada línea que diferenciaría a unas y otras.

Tampoco se aclara la situación si, en lugar de mirar los resultados de las investigaciones, nos volcamos al día a día de quienes las realizan. Este grupo de profesionales del trabajo cognitivo se encuentran, en no pocas ocasiones, en los departamentos donde consiguen una ubicación laboral y no donde la naturaleza de sus investigaciones estaría mejor clasificada. Ello no se debe a la imperfección de la tabla clasificatoria, sino a que muchas veces esos profesionales, como tantos otros, deben plegarse a la oferta laboral

existente o a que la concepción rígida de los programas de estudio traza distinciones quizá ya obsoletas que obligan a los profesores a dictar asignaturas con perspectivas teóricas mientras investigan a partir del trabajo de campo, o a la inversa; quizá, más importante aún es que quienes nos dedicamos a las ciencias humanas y sociales sabemos que la formación en ambos frentes es necesaria para el buen desempeño de nuestra tarea como investigadores, docentes y, por qué no, generadores de opinión.

Profundizar en estas diferencias para dejarlas bien establecidas no es, sin embargo, trabajo perdido. Las ciencias humanas y sociales no se arredran ante este tipo de obstáculos y, más bien, suelen rodearlos para sacar partido de ellos, para permitirnos entender fenómenos sociales concretos como, sea el caso, la producción de conocimiento precisamente en estas dos áreas.

Un ejemplo: los primeros trabajos en estudios culturales en Colombia sufrieron un duro rechazo por los partidarios de las ciencias humanas y sociales más consolidadas, este rechazo no puede explicarse solo por la calidad de tales estudios, sobre todo cuando muchas de las publicaciones en estudios culturales ya han logrado posicionarse como clásicas en algunas áreas del conocimiento. Tal rechazo fue, en buena medida, una respuesta al carácter anfíbio de esos saberes y a su explícita disposición a abrazar las

incertidumbres de objetos, conceptos, enfoques y métodos de investigación.

Otro ejemplo en la misma dirección: todo el rechazo que sufrieron los estudios culturales no les negó, en sus inicios, ni la institucionalización ni la posibilidad de acceder al campo académico colombiano por vía de universidades con una imagen social destacada y recursos suficientes para alcanzar localmente puestos importantes en los *rankings* (a la fecha, en Colombia contamos con nueve programas de estudios culturales en el nivel de posgrado).³ Ello nos muestra no solo el flujo de las perspectivas disciplinarias, sino la diversidad de formas como las luchas se concretan en victorias: recordemos que el caso colombiano dista mucho de los estudios culturales en su versión de la escuela de Birmingham, pues estos no se formaron en los

3 Pontificia Universidad Javeriana: Especialización en Estudios Culturales (2002), Maestría en Estudios Culturales (2007) y Maestría Virtual en Estudios Culturales Latinoamericanos (2019); Universidad Nacional de Colombia: Maestría en Estudios Culturales (2005); Universidad de los Andes: Maestría en Estudios Culturales (2008); Universidad El Bosque: Maestría en Estudios Sociales y Culturales (2017); Universidad Católica de Pereira: Maestría en Estudios Culturales (2016); Universidad Tecnológica de Pereira: Maestría en Estudios Culturales y Narrativas Contemporáneas (2019), y Universidad de los Llanos: Maestría en Estudios Culturales (2020). Agradezco a la investigadora Marcela Jeaneth Narváez Pérez por ayudarme con estos datos.

más prestigiosos centros universitarios ingleses, sino en politécnicos, lo mismo que en países como México y Brasil, donde las ciencias sociales y humanas estaban más establecidas local e internacionalmente.

Quizá estas diferencias explican por qué la ruta seguida en Colombia por los estudios culturales resultó en un rápido proceso de articulación entre las disciplinas de las ciencias humanas y sociales más antiguas, las cuales, además de no haber contado con la suficiente fuerza para resistirse al posicionamiento de los vientos de cambio de las nuevas propuestas, pronto aceptaron el ritmo de transformación por el que ya venían los estudios culturales e incluyeron nuevas modalidades de trabajo; a la inversa, los estudios culturales aprendieron a nutrirse del importante trabajo existente y que se sigue produciendo con herramientas más tradicionales.

Volver sobre las afugias por definir disciplinas y agruparlas como humanas o sociales también nos sirve para entender la historia local de las instituciones educativas. Restringiéndonos a tres universidades bogotanas, podríamos indagar, por ejemplo, por qué en unas universidades existen facultades de Filosofía (la Pontificia Universidad Javeriana) con programas de pregrado, maestría y doctorado limitados a ese campo disciplinar, mientras que en otras universidades vecinas el programa de Filosofía está dentro de la facultad de ciencias humanas (la Universidad

Nacional de Colombia), junto a programas de pregrado como Antropología, Estudios Literarios, Español y Filología Clásica, Filología e Idiomas, Geografía, Historia, Lingüística, Psicología y Sociología, o dentro de facultades de ciencias sociales (la Universidad de los Andes), al lado de pregrados en Antropología, Ciencia Política, Historia, Lenguas y Cultura y Psicología —una rápida revisión de las páginas web de esas dos últimas facultades mostraría que todo se hace más complicado si tomamos en cuenta los programas de posgrado—. A veces las clasificaciones de las disciplinas nos hablan de la tendencia de un área disciplinar dentro de esta o aquella universidad, de los intereses administrativos de cada institución, de las modas académicas en el momento de su fundación, de las fuentes de financiación de los estudios doctorales de los profesores o incluso de los éxitos laborales de algunos docentes.

Explorar los límites de una clasificación como “ciencias humanas” o “ciencias sociales” resalta su contingencia, el peso del pasado y los juegos de intereses que son parte constitutiva no solo de la institucionalización de algunas formas de conocer, sino de la interacción de los saberes con ámbitos no epistemológicos. En el caso particular de las ciencias humanas, el impacto de las situaciones cotidianas en sus resultados de investigación es inmediato. Este puente directo no habla de la debilidad de esos saberes, sino de su disposición al cambio y a asumir como propia

la incertidumbre que por fortuna ningún saber más técnico, estable y sistemático ha logrado suprimir de nuestras vidas. Volveré sobre este asunto, pero antes quisiera insistir en que una taxonomía precisa y definitiva de los sabres que irían a uno y otro lado de las ciencias humanas y sociales no tiene importancia por sí misma. No obstante, para este ensayo, y debido a que cotidiana e institucionalmente esos términos siguen teniendo un uso extendido, habrá que aceptarlos en su condición de etiquetas genéricas, con un contenido indefinido que fluctúa según condiciones concretas de la investigación, las instituciones e incluso los intereses de investigadores, grupos de investigación o financiadores.

Cuatro tensiones entre las ciencias humanas y sociales y los saberes técnico-científicos

En la universidad contemporánea los saberes tecnificados, sistemáticos, más rentables y con altos grados de predicción, por un lado, y los saberes constituidos que abrazan directamente la incertidumbre, por el otro, se encuentran en tensión. Vimos cómo en las ciencias humanas y sociales los objetos, conceptos, enfoques y métodos de investigación están regidos por una incertidumbre que otros saberes universitarios procuran controlar con medios como el laboratorio, el trabajo con materiales purificados, la generación de ambientes asépticos, las modelaciones por computador... Estas formas de limpieza, si fueran implementables con todo rigor en las ciencias humanas y sociales, solo ensuciarían el trabajo: allí no se trata de purificar los procedimientos, los materiales o los ambientes de investigación, sino que, más bien, importan los problemas en sus múltiples relaciones y con todas las dificultades, muchas veces insolubles, que les dan forma; el computador, todo el *software* que hoy en día se puede aplicar en estos saberes, e incluso herramientas como el SIG (sistema de información georreferencial) agilizan los procesos, multiplican lo analizado, generan volúmenes de datos muy precisos, pero no ahorran tiempo de trabajo en la investigación de campo como sí lo haría, por ejemplo, la modelación en computador del comportamiento

de una estructura arquitectónica cualquiera en diferentes condiciones climáticas o geológicas.

El buen desempeño de las investigaciones en ciencias humanas y sociales no está determinado por su resultado. Saberes más tecnificados terminan cada investigación comprobando si lo buscado existía o no, si era posible o no, si funcionaba o no. A pesar de que muchos experimentos llevan a resultados inesperados, lo mismo que algunos errores (las placas con moho de Flemming que sirvieron de base para identificar la penicilina, o las sales de uranio sobre la placa fotográfica de Becquerel que abrieron paso al descubrimiento de la radioactividad), y aunque aún en las ciencias más dogmáticas un giro repentino en la reflexión puede significar un paso gigante en el desarrollo de nuevos conocimientos (las especulaciones de Copérnico acerca del movimiento de los planetas que reordenaron la física en campos como la cosmología y la mecánica, o el tratamiento que hizo Planck al problema de la radiación del cuerpo negro, antesala de la física cuántica), esta presencia insoslayable de la incertidumbre en los saberes más formalizados no es constitutiva de su método mismo de trabajo; tales imprevistos no solo no se esperan, sino que se busca conscientemente evitarlos.

Las ciencias humanas y sociales, en cambio, no pretenden alcanzar tal control de la propia experiencia, pues en ellas, si hace falta, se reformulan los objetivos en medio

del proyecto y las hipótesis pueden desaparecer tempranamente y abrirse a una nueva investigación que no quedó registrada en los formatos del financiador. Al final de un primer trabajo de archivo o etnográfico habremos aprendido mucho, pero quizá apenas lo suficiente para establecer las bases de una investigación futura; es decir, muchas veces los resultados no son más que replanteamientos, y los formatos, medios para sistematizar el comienzo de un viaje en el que a lo mejor solo nos reste quemar las naves.

La indeterminación de los resultados en un proyecto de investigación en ciencias humanas y sociales no se ajusta tampoco a los principios de rentabilidad. Si invertimos en desarrollo de maquinaria, medicinas, mediciones, *software...*, existe la posibilidad de alcanzar réditos con proporciones titánicas. Seguramente tales fortunas no son fácilmente asequibles en nuestros contextos, pues el desarrollo de ciencia y de tecnología vernáculas suele estar limitado, por un lado, por la condición periférica de nuestra producción científica y, por otro, por la vocación de las élites administrativas nacionales de mantenernos al servicio de otras economías bajo la idea de una producción concentrada en el extractivismo; aun así, las relaciones entre los saberes tecnocientíficos y la industria tienen más posibilidades de terminar en inversiones rentables. No pasa lo mismo con las ciencias humanas y sociales, como se dijo ya, pues al final de un proyecto quizá el único resultado

sea el comienzo de uno nuevo y, más que nuevas soluciones, lo que seguramente tendremos son nuevos problemas que conllevarán más inversiones que dividendos para los financiadores.

En estos saberes incómodos, cuando hay resultados, su aplicabilidad es incierta. No es un secreto que la ciencia básica se encuentra en una situación parcialmente similar; pasaron décadas antes de que hubiera desarrollos como la tecnología nuclear o los GPS a partir de los resultados de la teoría de la relatividad, pero una vez se asimilan los cambios conceptuales y se empiezan a ver sus primeras utilidades, no es extraño que se acelere el proceso de producción de ciencia aplicada en un campo que hasta la fecha había sido incierto. En cambio, más que tener una función práctica, las ciencias humanas y sociales nos invitan a comprender unas conductas que pueden parecer a simple vista absurdas o a aceptar la diferencia en los imaginarios de épocas pasadas y sus efectos en el presente; las ciencias humanas y sociales también nos ayudan a identificar los mecanismos de despojo que permiten brillar a individuos o a imperios. Estos saberes, seguro, han sido útiles en muchas ocasiones, pero, como rasgo general, en lugar de darnos la respuesta a problemas, nos ponen en el problema de desconocer las respuestas a que estamos habituados y nos invitan a volver sobre nuestras creencias

para reformularlas, así sea solo con el ánimo de hacer consciencia sobre lo limitadas que son.

Las historias de las ciencias humanas y sociales son menos difundidas y más lejanas de los relatos de heroísmo que las historias de los saberes tecnocientíficos. Estas últimas tienen buena prensa: desde el colegio y en producciones de difusión masiva se cuentan los desarrollos de grandes varones occidentales: Euclides, Arquímedes, Galileo, Newton, Pasteur. En pro de un relato heroico, hemos simplificado el trabajo de las comunidades de desarrollo de conocimiento en áreas como física, química o matemáticas, para presentarlas siguiendo dogmáticamente un mítico método científico. Exaltamos los desarrollos tecnológicos como si solo provinieran del trabajo de los investigadores en tecnociencia y no de una elaborada red de actores en la que se encuentran también los medios que hicieron posibles esos trabajos aislados: las personas que garantizan la estabilidad de quienes investigan (en aseo de las instalaciones, alimentación, redes afectivas de apoyo, aparatos administrativos institucionales, etc.), el diálogo entre estudiantes y colegas, el consumo cultural que mueve la imaginación de quienes trabajan en laboratorios... En cambio, no hay tantos recursos a la mano para difundir lo que hacen los investigadores en ciencias humanas y sociales, y a veces se los presenta como inspiradores de proyectos heroicos o temerarios —según el punto de

vista ideológico con el que se juegue—, como la Revolución francesa (Rousseau o Voltaire) o las revoluciones comunistas (Marx o Engels), pero estos autores se ven apenas como parte de procesos más complejos en los que sus obras juegan un papel determinante, pero no definitorio.

Estas tensiones relativas a la pureza de los procedimientos, a la naturaleza de los resultados de investigación, a la rentabilidad de esos resultados y a la exposición pública del relato sobre las ciencias humanas y sociales, por un lado, y las técnico-científicas, por el otro, no deberían solucionarse para “pacificar” el conocimiento. Algunos riesgos podrían señalarse.

Uno de ellos es el chantaje de la urgencia por implementar soluciones prácticas. Dejar de pensar los aspectos sociales en toda solución práctica, incluso en aquellas que tienen una evidente dimensión técnica, ha tenido costos sociales y medioambientales, pero siempre habría quien niegue estos costos: nos contarían, por una parte, que en términos proporcionales hoy en día hay menos muertos por hambre o por enfermedades curables; no obstante —siguiendo la cuestión numérica—, en números absolutos (ya no porcentuales), las cifras nunca habían sido tan altas, y esto es mucho peor en un mundo que produce alimentos y medicinas que se pierden por falta de uso, en un mundo con conocimientos suficientes para que el hambre y las enfermedades curables no sean un problema mayúsculo. Por

otro lado, esos negacionistas consideran, sea por obstinación, por sus intereses o por su propia torpeza o ignorancia, que hay una solución práctica para problemas urgentes como los medioambientales, ¿pero qué indicios tenemos?, ¿acaso buena parte de los problemas no provienen de las soluciones técnico-científicas? El aumento poblacional y una economía que depende del crecimiento ilimitado, sumados a una tecnociencia que refuerza ambos procesos, parecen más los ingredientes de un coctel del desastre que soluciones plausibles.

En países periféricos, los esfuerzos por diluir la tensión entre saberes técnico-científicos y ciencias humanas se unen al recurso de emulación de modelos foráneos exitosos. Llevamos ya mucho tiempo replicando conocimientos de los países con más acceso a los bienes producidos en todo el planeta, con el ánimo de alcanzar su situación política y social. Pero aun teniendo la posibilidad de adquirir todos esos bienes, el planeta no alcanzaría para cubrir la demanda mundial. No es que ahora yo esté tratando de defender las tesis neomalthusianas acerca del crecimiento aritmético de la producción y el geométrico de la población, pero tampoco creo que se pueda dejar correr libremente el discurso del crecimiento ilimitado cuando el beneficio de sectores muy reducidos de la población depende del despojo de recursos mínimos de otras comunidades e, igualmente, de nuestros ecosistemas.

Hasta la fecha, parece que esas soluciones solo mantienen distribuciones internacionales desiguales en las que la promesa de la equiparación se convierte en servidumbre: los bienes producidos, o no se distribuyen, o se convierten en riquezas inmensas, muchas de las cuales no tributan, tributan poco o lo hacen en otros lugares del mundo; son riquezas que, si se quedan en el ámbito local, van a los bolsillos de grupos muy pequeños, cuando no de élites corruptas. Incluso en el ámbito del conocimiento tenemos una inmensa población de pensadores locales tanto en tecnología como en ciencias humanas y sociales que sirven como soldados rasos en proyectos intelectuales de otras naciones, y ello se da a pesar de que en muchos de esos proyectos el insumo principal son las comunidades locales, sus riquezas naturales, sus productos culturales o los saberes expertos vernáculos dentro y fuera de la academia. El discurso que hace que esta condición servil se propague por la universidad contemporánea se promociona con el nombre de *internacionalización*.

Pretender resolver las tensiones entre estos saberes y otros tantos que no se asientan en el mundo universitario parece un esfuerzo por reforzar la condición de dependencia que venimos sufriendo desde tiempos coloniales y que solo promete empeorar. Localmente, parece poco favorable seguir un modelo que abiertamente promete unos resultados que no llegan y que, peor aún, cada vez se ven

más lejanos. Desde un punto de vista más general, los esfuerzos por convertir todo conocimiento en tecnología comercializable o por reducir cualquier forma de saber a los estrechos límites de la ciencia y de sus innegables éxitos son un intento por homogeneizar una de esas pocas cosas que parecen propias de todas las comunidades humanas: la generación imprevisible de tipos de conocimiento.

Estandarizar todos los tipos de conocimiento según un solo modelo recuerda el facilismo de los regímenes totalitarios, pues tiende a promover el olvido de las peculiaridades de las distintas formas de vida en comunidad para instaurar no solo los resultados técnicos de unos saberes, sino formas unívocas de valorar y percibir el mundo que nos rodea; mucho nos han enseñado las ciencias humanas y sociales acerca de cómo la importación de tecnologías, artefactos y conocimientos tiene impactos sobre nuestra gestión material del mundo (recuérdense, en *El abrazo de la serpiente*, las razones aducidas por el extranjero para no dejar su brújula como agradecimiento por la hospitalidad de una comunidad indígena que explícitamente le solicitó dicho artefacto). Ese modelo totalitario de administración del conocimiento parece evitar la fatiga de las negociaciones entre diversas formas de vida para promover el desenvolvimiento de un solo tipo de soluciones que, bajo la forma de la universalidad del conocimiento y de la objetividad de los procedimientos, cercenan nuestra posibilidad de crear estilos de vida

múltiples, ajustados a tradiciones locales, abiertos a transformarse con la novedad y dispuestos a correr el riesgo del cambio y de la incertidumbre efectiva que nos constituye y nos vuelca hacia posibilidades impensadas; estas posibilidades, si bien no prometen estabilidad para todos, al menos evitan la perpetuación y reproducción de desigualdades en nombre de lo común.

Tramitar la incertidumbre es uno de los más importantes aportes que aún hoy nos hacen las ciencias humanas y sociales. Ellas nos recuerdan que el flujo del tiempo constituye nuestra vida personal, nuestras sociedades e, incluso, nuestras verdades, pero también que el tiempo las deshace continuamente. Más importante todavía: tramitar la incertidumbre es hacer más flexibles las múltiples imágenes de la vida en común, esto es, aceptar la invitación a pensar el enfrentamiento entre comunidades más allá de la vía de los despojos continuos que son efecto de la lucha por la preponderancia de unas imágenes de lo común sobre las otras; de este modo puede abrirse la posibilidad de buscar articulaciones entre esas imágenes, incluso si se contradicen entre sí.

El autor

Carlos Arturo López J. es doctor en Historia de la Freie Universität de Berlín, magíster en Historia y filósofo de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Actualmente es investigador del Instituto de Estudios Sociales y Culturales - Pensar, de esta última universidad, en la cual también es docente de la Maestría en Estudios Culturales y del Doctorado en Ciencias Humanas y Sociales. Sus investigaciones hasta la fecha han consistido en acercamientos históricos a la producción escrita de conocimiento filosófico y social en español, durante los siglos XIX y XX. Además de usar herramientas de la historia de los intelectuales, de los saberes y de otras disciplinas académicas como la sociología y la filosofía, se interesa por la epistemología de las ciencias sociales como tema de investigación y como herramienta analítica para sus trabajos históricos.

* * *



Reservados todos los derechos
© Pontificia Universidad Javeriana
© Carlos Arturo López J.

Primera edición:

Bogotá, D. C.; octubre 2020
ISBN: 978-958-716-xxx-x

Editorial Pontificia Univeridad Javeriana

Edición:

Diego Pérez Medina

Corrección de estilo:

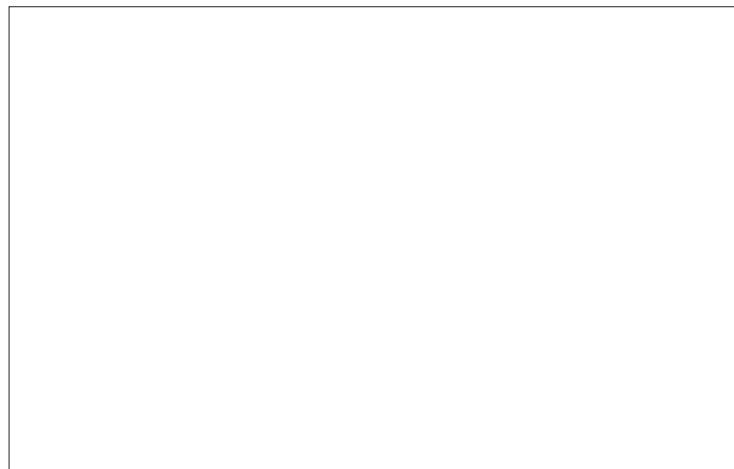
Alejandro Merlano Aramburo

Diseño editorial:

BOGA visual | Diego Cortés G.
www.bogavisual.com

Impresión:

Torreblanca



Prohibida la reproducción total o parcial de este material, sin autorización por escrito de la Pontificia Universidad Javeriana.

*

*

*

Crater

*

*

*

*

¶ Esta colección fue compuesta con la tipografía *Alkes**

Nombrada por una estrella e inspirada en el Cosmos

Diseñada por Kaja Słojewska

~

Octubre

2020